

El positivismo de A. J. Ayer

ANA MAS DE SANFÉLIX*

Resumen: Este escrito pretende ilustrar la vinculación de Ayer —en su primera etapa— con las tesis del Positivismo Lógico. Se revisan los aspectos esenciales que este autor asumió del Círculo de Viena, a saber, la crítica a la metafísica fundamentada en el criterio de verificación; la negativa a admitir la existencia de juicios sintéticos a priori; la concepción de la tarea de la filosofía como análisis filosófico —entendido como análisis lingüístico de los enunciados de las ciencias empíricas; el fenomenalismo y el ideal de la ciencia unificada. El artículo concluye con una reflexión sobre la vigencia actual de la filosofía concebida al modo positivista.

Palabras clave: Positivismo Lógico; Círculo de Viena; Metafísica; Verificabilidad; Análisis; Fenomenalismo; Fisicalismo.

Abstract: This paper tries to illustrate Ayer's vinculation —in his first stage— with the Logical Positivism's thesis. We revise main topics, which this author adopted from Viena's Circle, i.e., the criticism to the metaphysics based on verification criterion; the negative to accept the existence of synthetic a priori judgements; the conception of the task of philosophy as philosophical analysis —understood as linguistic analysis of the empirical science statements; the phenomenalism and the ideal of unified science. The article concludes with a reflection about the current validity of philosophy conceived in the positivist way.

Key words: Logical Positivism; Viena's Circle; Methaphysics; Verificability; Analysis; Phenomenalism; Physicalism.

Hablar del positivismo de Ayer supone hablar inevitablemente de *Lenguaje, verdad y lógica* (LTL)¹, obra de juventud que constituye un auténtico «manifiesto» de esta corriente². La principal circunstancia que determinó su génesis fue la visita que Ayer hizo a Viena en 1932. Este viaje le fue

* Dirección: I.E.S. «THÁDER», C/ Valenciana Nº 10. 03300. ORIHUELA. Tfno.: 966341040/Fax: 966743109

1 *Lenguaje, Truth and Logic*. Londres, Gollancz, 1936. 2ª ed., 1946 (tr. Manuel Suárez, *Lenguaje, verdad y lógica*, Barcelona, Martínez Roca, 1971. Fue después de la II Guerra Mundial, con la segunda edición de la obra, cuando ésta adquirió extraordinaria relevancia. En efecto, la primera edición, a cargo de Victor Gollancz, tuvo una tirada de 500 ejemplares, y aunque mereció cuatro ediciones sucesivas, no se llegaron a vender 2.000 ejemplares. La 2ª se convirtió en un auténtico «succes de scandale». De hecho, sucesivas reimpresiones aparecieron anualmente durante veinticinco años; fue traducida a una docena de idiomas (siendo especialmente bien recibida en Japón) y todavía en la actualidad mantiene un notable volumen de ventas tanto en Inglaterra como en EE.UU.

2 Al hacerlo somos conscientes de perpetuar un tópico que desagradaba profundamente al propio Ayer, quien afirmaba en 1977: «*Lenguaje, verdad y lógica* me dio celebridad filosófica, y le estoy agradecido. Lo que ya me gusta menos es verla considerada por encima de mis obras posteriores. Me molesta la idea de no haber realizado progreso alguno en los últimos cuarenta años», *Part of My life* (PL), Londres, William Collins & Co. Ltd., 1977 (tr. Álvaro Delgado Gial, *Parte de mi vida*, Madrid, Alianza Universidad, 1982, p. 289). Hay un cierto acuerdo, bendecido por el propio Ayer, respecto a la clasificación del conjunto de su obra en cuatro períodos: el período positivista, el fenomenalista, el epistemológico y el constructivista (cfr. Honderich, Ted, «An Interview with A.J. Ayer», *Philosophy*, 30 (Supl.), 1991, p. 213). La etapa positivista se circunscribe estrictamente a LTL: ya en 1940, con *The Foundations of Empirical Knowledge* (FEK), Ayer se proclama abiertamente fenomenalista, postura que mantiene hasta 1947. En esta fecha, «Pheno-

sugerido por Gilbert Ryle, su tutor durante algunos años en Oxford. Ryle conocía desde 1930 a Moritz Schlick y estaba interesado por el trabajo de los positivistas vieneses, prácticamente desconocido en Inglaterra por aquel entonces. Inicialmente, Ayer había planeado dirigirse a Cambridge para aprender junto a Wittgenstein durante los meses que tenía libres antes de comenzar su tarea profesoral en Christ Church. Pero la sugerencia de su tutor, junto al hecho de que Viena parecía un lugar más propicio para pasar su luna de miel —el viaje comenzó el 26 de noviembre de 1932, justo un día después de su boda—, hizo que se embarcara en la aventura positivista. Ayer tuvo la fortuna de estar en el lugar oportuno en el momento adecuado. En principio, los positivistas vieneses fueron un grupo que en los años 20 se reunía informalmente en torno a la figura de Moritz Schlick —el Círculo de Schlick— y que ya en 1929 publicaron un planfleto titulado *Concepción científica del mundo del Círculo de Viena* con el que declaraban oficialmente su independencia respecto de la Filosofía de escuela tradicional y adoptaban el nombre de Círculo de Viena. Tenemos una magnífica descripción de sus sesiones en la época en que Ayer asistió a ellas, de diciembre a abril de 1933:

«El Círculo se reunía una vez a la semana en una pequeña habitación situada en un instituto próximo a la universidad. Nos sentábamos alrededor de una mesa rectangular presidida por Schlick, con Neurath a la cabecera opuesta. A la derecha de Schlick, Hahn y Menger, a la izquierda Waismann. Los demás presentes, excluyendo a Gödel, eran en su mayor parte filósofos, desde los profesores Reiniger y Victor Kraft, hasta los más jóvenes Béla von Juhos y Edgar Zilsel. Las discusiones parecían centrarse semana tras semana en torno a las *Protocolsätze*, los enunciados básicos sobre la percepción, con dos posiciones nítidamente diferenciadas: la de Schlick, según el cual habían de constituir las proposiciones protocolarias una descripción de la experiencia inmune al error, y la de Neurath, que partía del mundo de los hechos físicos y no admitía creencia alguna como sacrosanta»³.

Para completar la imagen del Círculo hay que incluir, naturalmente, a Herbert Feigl, Felix Kaufmann y Rudolf Carnap, que por aquel entonces estaba en Praga y con el que Ayer no tuvo ocasión de contactar hasta 1934 —la influencia de su *Der Logische Aufbau Der Welt* de 1928 tuvo un peso notable en la obra de Ayer—; también a filósofos y lógicos polacos como Tarski y Ajdukiewicz, y al llamado Círculo Berlínés con el que se relacionaban los positivistas vieneses, compuesto por Reichenbach, Von Mises y Hempel. Ayer y Quine fueron los únicos filósofos no continentales que gozaron del privilegio de asistir a estas reuniones. Los positivistas vieneses, científicos interesados en la filosofía o filósofos con sólida formación científica, orientados «a-este-mundo» mejor que «a-otro-mundo» —como decía Hans Han—, compartían un profundo interés por la Filosofía de la Ciencia junto a un rechazo, igualmente profundo, hacia la metafísica, cuyas pretensiones se centran en investigar la estructura profunda de la realidad, explicarla como un todo. Los filósofos metafísicos creían poseer un acceso privilegiado a esa «totalidad» que convertía a la metafísica en la «reina de las ciencias». Consideraban que ellos se las habían con la verdadera realidad que subyace al mundo de la mera apariencia, del que se ocupa el científico. Pero, ¿qué tipo de experiencia puede satisfacer este acceso privilegiado? Los positivistas equiparan esta experiencia metafísica a

menalism» anuncia su rechazo «oficial» de las tesis fenomenistas, inaugurando así el período epistemológico. En el año 1968 la publicación de *The Origins of Pragmatism* (OP) nos pone tras la pista de un incipiente constructivismo, que se consolidará definitivamente en 1973 con la aparición de *The Central Questions of Philosophy* (CQ). A la vista de esta dilatada historia repleta de virajes y cambios de rumbo, se comprende el rechazo del autor a ese reduccionismo simplista que lo equipara con LTL y, por ende, con su pensamiento de la etapa positivista.

3 PL, p. 131.

la experiencia mística. ¿Y qué tipo de conocimiento establece? Si este conocimiento es contradictorio con todas las evidencias empíricas obtenidas hasta la fecha, ¿se deduce de ello que éstas deberán ser desechadas? Es obvio que, de ser esto así, todos los esfuerzos de racionalización que empeñan al ser humano carecerían de sentido y deberíamos abandonarnos a la más fantástica e ingenua irracionalidad.

Para comprender el espíritu positivista hay que tener presente el contexto histórico en el que surgió. Tal y como Ayer tuvo ocasión de comprobar, a principios de los años 30, Austria parecía al borde de una guerra civil entre cristianos pan-germanistas y socialistas. Sus enfrentamientos en todos los órdenes se recrudecían respecto a cuestiones religiosas o étnicas —el problema judío ya se hacía sentir. Estos conflictos tuvieron repercusión en los argumentos del Círculo de Viena. De hecho, todos sus miembros, desde los más radicalmente posicionados a la izquierda (Carnap y Neurath) hasta los más moderados (Schilck) fueron enemigos declarados del partido clerical con lo que su filosofía fue, inevitablemente, política. Y ello por pretender únicamente ser racionales. El panorama filosófico alemán acaba por perfilar el cuadro frente al que reaccionó el Positivismo Lógico. La mayoría de los filósofos de la época seguían aferrados a la tradición del idealismo metafísico alemán —Kant, Shelling, Fichte y Hegel—, mostrando una hostilidad más o menos encubierta respecto a la ciencia. Consideraban que la tarea de la filosofía era defender la religión, la moralidad y el estado nacionalista. Se daba por hecho que el metafísico poseía un acceso privilegiado que le permitía establecer conocimientos a priori acerca del espacio, del tiempo, de Dios, del Absoluto, lo incondicionado, la moralidad o la belleza. De ahí la importancia de la filosofía en la vida alemana reflejada en el hecho de que allí se publicaban más libros de filosofía que en el resto del continente junto⁴. Los positivistas vieneses creyeron que su tarea era, en cierto modo, mesiánica: «propagar entre los hombres una actitud científica hacia sus propias convicciones, y contribuir así a la destrucción de los prejuicios irracionales, de los fanatismos ideológicos y de la violencia imputable a estos fanatismos en las relaciones sociales»⁵. La ideología debía someterse a la racionalidad científica. La imposibilidad de superar la prueba fue lo que condujo a los positivistas a distinguir entre cognición y valores.

Cuando Ayer volvió a Oxford y siguiendo las sugerencias de Isaiah Berlin, quien tras «soportar» sus sucesivos arrebatos de pasión positivista le aconsejó que plasmara por escrito todo aquello antes de que «se enfriara su entusiasmo», Ayer concibió la «proclama» del Positivismo Lógico y se convirtió en el «vocero» oficial de la corriente en Inglaterra, asumiendo los siguientes puntos fundamentales del Círculo de Viena:

- a) **Rechazo de la metafísica.** El principio de verificabilidad se erige en criterio de significado y, en consecuencia, la metafísica carece de sentido. Aparte de las expresiones tautológicas, sólo los enunciados directamente verificables tienen sentido. Se considera así que el principio de verificabilidad no es sólo un criterio de demarcación —como Popper insistía en considerar su principio de falsabilidad—, sino un criterio de significado.
- b) **Redefinición de la tarea de la filosofía.** Convicción de que la tarea de la filosofía es servir como «Lógica de la Ciencia». Con esta afirmación los positivistas pretendían restablecer los puentes entre Ciencia y Filosofía derruidos a principios del siglo XIX a manos de Hegel y la

4 Cfr. Sidney Hook, «A Personal Impression of Contemporary German Philosophy», *Journal of Philosophy*, 27, Nº 6, 1930.

5 Kolakowski, L., *La filosofía positivista*, Madrid, Cátedra, 1981, p. 213.

- metafísica idealista fruto del resurgimiento romántico. Aspiraban a llevar a cabo lo que Schlick denominó «el viraje de la filosofía»⁶, giro consistente en la práctica del «análisis filosófico» entendido como análisis lingüístico de los enunciados de las ciencias empíricas.
- c) **Ideal de la ciencia unificada.** El criterio de explicación debe ser el mismo tanto en las ciencias naturales como en las sociales. Ideal que podemos atribuir originalmente a Otto Neurath. Esta unidad debía construirse no exclusivamente sobre la base de una comunidad de método, sino que se exigía, además, que dicha unidad fuera de signo fisicalista⁷. Carnap llegaba a la tesis de la ciencia unificada al suponer que todos los objetos o conceptos podían reducirse a objetos o conceptos básicos, con lo que no habría más que un dominio de objetos y, consecuentemente, nada más que una ciencia.
- d) **Fenomenalismo.** Todas las proposiciones sobre objetos físicos son reductibles a proposiciones acerca de datos sensoriales —base fenomenalista compartida por Schlick, si bien tanto él como el Círculo en general no hacían sino recoger una larga tradición vienesa inaugurada por Ernst Mach y Avenarius.
- e) **No existen los juicios sintéticos a priori.** Las proposiciones a priori son tautológicas —afirmación debida, a su vez, a Wittgenstein.

En un plano más anecdótico cabría indicar que, incluso la elección del título, *Language, Truth and Logic*, se debió al influjo de uno de los miembros del Círculo de Viena, pues Ayer se inspiró en el anuncio que Friedrich Waismann hizo en 1930 de su proyecto para publicar una obra bajo el título de *Logik, Sprache, Philosophie*⁸, la cual, sin embargo, no llegó a publicarse hasta 1976, diecisiete años después de la muerte de Waismann y cuarenta años después de la publicación de LTL, constituyendo entonces un «puro anacronismo»⁹.

Vamos a detallar ahora algunos aspectos del ataque a la metafísica y del análisis filosófico en el Positivismo Lógico, valorando su vigencia.

En la actualidad nadie discute la importancia que tuvo para el desarrollo filosófico la crítica radical que los positivistas lógicos en general, y Ayer en particular, asestaron a la metafísica. Crítica que, desde luego, no era nueva. Hume, por ejemplo, fue precursor de una visión de la filosofía en

-
- 6 Schlick, M., «Die Wende der Philosophie». *Erkenntnis*, vol.1, 1930-31. Reimpreso en *Logical Positivism* (LP), A. J. Ayer et alii, Chicago, The Free Press of Glencoe (tr. L. Aldama, U. Frich, C.N. Molina, F.M. Torner y R. Ruiz Harrel, *El positivismo lógico*, México, F.C.E., 1ª ed. 1962, 2ª reimpresión 1981).
- 7 Las tesis fisicalistas, desarrolladas tanto por Neurath como por Carnap, aparecieron en su formulación más rotunda en varios artículos de los volúmenes 2-4 de *Erkenntnis* (1931-34). Fueron, de entre todas las tesis positivistas, las primeras que Ayer abandona tras LTL, pues ya en FEK reconoce que Odgen y Richards en *The Meaning of Meaning* le han convencido de que el fisicalismo es insostenible.
- 8 La deuda respecto del título de Waismann es reconocida por nuestro autor en varios lugares. Por ejemplo, en PL no tiene ningún empacho en afirmar: «Plagiando a Waismann decidí titular la obra *Lenguaje, verdad y lógica*» (p. 151). Gratitud similar encontramos en *Wittgenstein* (WT), Barcelona, Grijalbo, 1986, p. 21.
- 9 Parece ser que las dificultades para sacar adelante esta obra comenzaron poco después del momento de su concepción. Waismann tenía el propósito de explicitar en ella los descubrimientos de Wittgenstein, iniciando así una serie de volúmenes auspiciados por el Círculo de Viena. Aunque la obra estuvo lista probablemente en 1931, Waismann nunca logró que Wittgenstein le diera el visto bueno —incluso éste dejó de considerarlo colaborador suyo en 1935—, con lo que el libro nunca fue publicado en vida de Waismann y la colección que debía inaugurar comenzó con el volumen número dos. Waismann aún tuvo que pagar un precio mayor, si cabe, por quedar atrapado en el magnetismo seductor de la filosofía wittgensteiniana. Así resume Ayer su dramática suerte: «Waismann era judío, y a la caída de Viena tuvo que huir con su familia a Inglaterra. Aceptado en Cambridge, encontró la oposición de Wittgenstein, quien no queriendo oír lo que consideraba un eco distorsionado de su propia voz, hizo saber que ningún alumno de Waismann podría serlo también suyo» (PL, p. 130).

la que la metafísica carecía de lugar. El propio Kant —que en el prólogo a la segunda edición de la *KrV* calificaba a la metafísica como un «andar a tientas» que no consigue instalarse en la senda segura del saber—, también repudió el pretendido conocimiento suprasensible de los metafísicos. Los positivistas lógicos retomarán con gran fuerza estas arremetidas históricas contra la metafísica, pero con la peculiaridad de que su dictamen no se hará ya depender de la posibilidad o imposibilidad de conocer ciertos objetos, sino de la posibilidad o imposibilidad de hablar de ellos, del «decir» siguiendo las normas que rigen la emisión de enunciados significativos en nuestro lenguaje. Ahora bien, ¿cuáles son las normas que determinan la significatividad de un enunciado?

Todo lo que en nuestro lenguaje puede ser significativo queda reducido a dos tipos de expresiones: proposiciones tautológicas, esto es, verdades lógicas, y proposiciones empíricas. Para los positivistas lógicos, la significatividad de un enunciado empírico dependía de nuestra capacidad para diseñar las condiciones en que podía resultar verificable. De este modo, la cuestión ¿qué significa la afirmación «p»? se equiparaba a ¿qué debe hacerse para descubrir si «p» es verdadera? Así surgió el *principio de verificación* en sus diferentes versiones. La primera, conocida como el criterio de verificación en sentido fuerte fue formulada un tanto descuidadamente por Schlick: «El significado de un enunciado es su método de verificación¹⁰». Este principio se mostraba demasiado permisivo en algunos aspectos y demasiado restrictivo en otros. Demasiado permisivo porque, dado que una disyunción es verdadera con que uno de los miembros lo sea, si ponemos en disyunción una proposición que satisface el criterio y otra del estilo de «la nada nada», la disyunción de ambas también satisface el criterio. Por otra parte, es demasiado restrictivo porque, dada la ley lógica de la negación del particularizador ($\neg \forall x Px \leftrightarrow \exists x \neg Px$), puede darse el caso de que una proposición puramente existencial como $\exists x Px$ satisfaga el criterio y sea concluyentemente verificable mientras que su negación, equivalente a la proposición universal $\forall x \neg Px$, como hemos visto, no sea concluyentemente verificable y, por tanto, carezca de significado. Pero si las oraciones que se califican de cognoscitivamente significativas son precisamente aquellas de las que puede decirse significativamente que son verdaderas o falsas, entonces, o bien tendríamos que negar un principio lógico fundamental como el que afirma que si una proposición es verdadera su negación es falsa —y a la inversa— o, tendríamos que negar la ley lógica de la negación del particularizador. Ambas consecuencias inadmisibles obligaron a la reformulación del criterio. En su segunda versión —de la que Ayer es el máximo exponente— el principio suaviza sus requerimientos. Ya no se habla de verificación concluyente sino de «confirmabilidad de la verificabilidad». Es el llamado *principio de verificabilidad en sentido débil*. Según esta nueva interpretación, una oración tendría contenido empírico si a partir de ella, en conjunción con hipótesis subsidiarias adecuadas, fuera posible deducir una proposición de la experiencia que no se derive de las hipótesis subsidiarias solas. Pero este principio también resultó demasiado liberal y a pesar de los numerosos intentos no logró una formulación que no condujera inevitablemente a nuevas objeciones.

Parece oportuno, sin embargo, recordar que no fueron precisamente dificultades técnicas las que arruinaron la viabilidad del criterio, sino más bien, los propios presupuestos teóricos sobre los que se asentaba, junto a ciertas inconsistencias internas manifiestamente paradójicas. Entre los primeros, el elemento clave de desaprobación tuvo que ver con el cuestionamiento de la concepción de la ciencia que lo sustentaba —una visión «inductivista» en la que los enunciados se verifican uno a uno— ya en la fecha de publicación de *LTL*; concepción posteriormente reemplazada por un enfo-

10 Feigl, H., «Origen y espíritu del positivismo lógico», *Cuadernos Teorema*, Valencia, 1981, p. 8.

que «historicista» y «holista»¹¹. Entre las últimas no es, desde luego, la menor, el hecho de que en la práctica el criterio no lograra eliminar las proposiciones «metafísicas» o «sinsentido», lo que supuso, naturalmente, fracasar en su objetivo primario. Además, sobre él vino a recaer también la más hiriente de las acusaciones posibles: el cargo de «metafísico». No pudiendo acreditar su naturaleza analítica ni empírica —ni tampoco resguardarse del acoso bajo el calificativo de «prescriptivo» que sobre la marcha improvisó Ayer para evitar la debacle—, se vio atrapado en sus propias redes, lo que supuso inevitablemente su defunción «oficial».

El principio de verificación descansa, pues, en paz en el panteón de los intentos ilustres por alcanzar la «utopía» de la pura racionalidad.

¿Qué decir respecto a la nueva tarea de la filosofía? Hay que partir de la situación en la que desembocó la filosofía en el siglo XIX, tras la consolidación de su ruptura con la ciencia, estaba mediatizada enormemente, como hemos visto, por el legado hegeliano, según el cual la filosofía debía abordar los aspectos más generales de la realidad¹². Para los positivistas vieneses, y para el propio Ayer, una situación así era insostenible. Los positivistas juzgaban carente de sentido seguir hablando de la trascendencia de la filosofía frente a la concreción de las ciencias; así como propiciar cualquier tipo de competición entre ambas, porque entonces la filosofía estaría perdida de antemano. Había, pues, que redefinir la tarea de la filosofía y encontrar para ella un lugar en un contexto en el que las ciencias empíricas demuestran su primacía ofreciendo constantemente resultados. Determinar cuál debía ser la tarea de la filosofía se convirtió en una de las grandes obsesiones de los positivistas lógicos. De hecho, Ayer dedica la mayor parte de LTL a dilucidar esta cuestión.

Uno de los principios supremos del positivismo lógico es la negación de los juicios sintéticos a priori, lo que conduce inexorablemente a la tesis de que la filosofía no puede enseñarnos nada de la realidad. Así las cosas ¿cuál puede ser la función de la filosofía? Según nuestro autor, el «análisis filosófico». En Ayer convergen el positivismo lógico continental y el análisis filosófico inglés, con lo cual, su punto de vista es el propio del empirismo inglés expresado en términos lingüísticos. La filosofía no es un saber sustantivo, sino una *actividad*; no es un sistema de conocimiento, sino un conjunto de *actos*. En general, todos los positivistas aceptaron que el análisis constituía una tarea valiosa y genuinamente filosófica. ¿Por qué? Es aquí donde surgen las discrepancias. Podría considerarse que no hay un motivo último de fondo, pero también se pueden aducir dos razones concretas:

- a) El análisis del lenguaje puede resultar útil al científico.
- b) Atendiendo al lenguaje rehuimos los abusos lingüísticos, evitamos utilizarlo mal y, con ello, el riesgo de caer de nuevo en determinados tipos de metafísica.

11 En su intento por establecer un empirismo sin dogmas, Quine indicaba «que nuestros enunciados acerca del mundo externo se someten como un cuerpo total al tribunal de la experiencia sensible, y no individualmente.», «Two Dogmas of Empiricism», *Philosophical Review*, 60, 1951, pp. 20-43. Reimpreso en *From a Logic Point of View*, 2ª ed. Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1961 (1ª ed. 1953) y Nueva York, Harper & Row, 1963, pp. 20-46 (tr. Manuel Sacristán, «Dos dogmas del empirismo», en *Desde un punto de vista lógico*, Barcelona, Ariel, 1962, p. 75).

12 Dicha situación no se debió ni exclusiva, ni principalmente al desprecio que mostrara por la ciencia la tradición hegeliana —de hecho, el propio Hegel, aunque anticientífico, incluía a las ciencias en su «omnicomprensivo» sistema—, sino a motivaciones más profundas como la especialización y multiplicación de las ciencias, que dificultaban la obtención de una visión sinóptica. Pero también, y fundamentalmente, al hecho de que empezara a dudarse sobre si tal visión de conjunto resultaría en alguna medida interesante y provechosa.

La función de la filosofía no ha de ser la búsqueda de primeros principios, sino una función de crítica que logre definir la racionalidad de lo que puede decirse con sentido. No se trata, pues, de establecer un sistema deductivo siguiendo el modelo cartesiano. Este modelo le parece a Ayer estéril y estrechamente dependiente de una concepción tradicional de la filosofía; concepción propia de determinadas posturas «metafísicas» que resulta, como acabamos de ver, insostenible, y que sólo tendría sentido si interpretásemos ese interés «general» de la filosofía como expresión de que el filósofo está igualmente interesado por el contenido de cada una de las ciencias existentes —lo cual sería, desde el punto de vista de Ayer—, más que una definición de la filosofía, una verdad acerca de ella. Tampoco se trata de fundamentar el procedimiento científico —que se justifica en la práctica—, ni de menospreciar las creencias del sentido común, aunque sí el análisis poco cuidadoso que habitualmente se hace de ellas.

Ayer considera que la propuesta positivista no encierra una tarea filosófica cuyo ejercicio fuese históricamente ignorado. Al contrario, recuerda el papel como analistas de ilustres predecesores como Locke, Berkeley o Hume. En principio, esta tarea de análisis implica que la preocupación del filósofo no pueden ser los fenómenos empíricos, sino el modo en que los referimos en el lenguaje. La filosofía no emite enunciados factuales, sino enunciados lingüísticos que expresan, o bien definiciones, o consecuencias de definiciones. Esto conduce directamente a la equiparación positivista entre filosofía y lógica, y a la consideración de ésta como «lógica de la ciencia»¹³. Así es como el análisis filosófico se convierte en análisis sintáctico del lenguaje científico. La filosofía pasa de considerarse un saber sustantivo a considerarse un saber subsidiario de las ciencias, una disciplina de segundo orden. No puede decirnos nada sobre el mundo —es el papel reservado a la ciencia— y tampoco puede decirnos cómo debemos vivir. No hay verdad respecto a la moral o al arte. La filosofía es, pura y simplemente, análisis conceptual.

¿Cuál es la vigencia de este planteamiento? Comenzaremos por hacer explícitos los supuestos que están a la base de esta «encorsetada» concepción de la filosofía.

Los positivistas sucumbieron ante el embrujo de la ciencia. Defendieron una concepción idealizada de la misma según la cual ésta carecía de límites y su modelo de racionalidad se presuponía intachable. Hoy somos más conscientes tanto de sus limitaciones como de sus consecuencias negativas. A lo largo de este siglo la ciencia ha entrado en crisis. Se ha empezado a hablar del final de la ciencia, al menos de la concepción tradicional de ciencia entendida como empresa universal, unificada y objetiva. Parece que sus días de gloria ya han pasado. Se ha llegado incluso a cuestionar a la reina de las ciencias: la Física. Se ha insinuado, por ejemplo, que su campo de estudio está agotado, que no quedan nuevas leyes por descubrir. El principio de incertidumbre de Heisenberg o el paradigma del caos han sembrado de perplejidades el panorama científico; las cosas ya no parecen tan exactas ni tan lineales como solían serlo. Por lo que respecta al modelo de racionalidad instrumental que el positivismo tendía a identificar con toda la «racionalidad», dejando fuera del marco cognitivo el ámbito de los valores, parece insostenible. Hoy somos también más conscientes de la necesidad de superar tal escisión. La ciencia requiere control. La ciencia genera constantemente problemas urgentes de reflexión ética y, desde luego, ésta es incompatible con un modelo de racionalidad que desestime de entrada la posibilidad de una fundamentación racional de la conducta moral.

13 Recordemos que la concepción positivista en su conjunto se ve comprometida con esta perspectiva en la medida en que, una vez reducidos los enunciados significantes a enunciados empíricos y tautológicos, y asignados los primeros a las ciencias particulares, los enunciados de la filosofía, si quieren poseer algún sentido, deberán expresar necesariamente proposiciones lógicas.

La filosofía hoy se siente menos acomplexada, menos abrumada por el éxito científico y parece, de nuevo, capaz de reivindicar su lugar natural. Está claro que su estatuto epistemológico es diferente del de la ciencia: ni su reina, ni su esclava. ¿Su tarea? La de siempre, iluminar aquellos aspectos de la realidad que son todavía tan oscuros que no son susceptibles de tratamiento científico, tratando de dar sentido a nuestra imagen del mundo.

¿Es esto metafísica? Probablemente sí, y en la medida en que exista la libertad suficiente para dedicarnos a esta investigación sin trabas ni sesgos ideológicos no podremos sino felicitarnos.

Selección bibliográfica

AYER, A. J., *Lenguaje, verdad y lógica*, Barcelona Martínez Roca, 1971.

Parte de mi vida, Madrid, Alianza Universidad, 1982.

Wittgenstein, Barcelona, Grijalbo, 1986.

AYER, A. J. *et alii*, *El positivismo lógico*, México, F.C.E., 1981.

FEIGL, H., «Origen y espíritu del positivismo lógico», *Cuadernos Teorema*, Valencia, 1981.

KOLAKOWSKI, L., *La filosofía positivista*, Madrid, Cátedra, 1981.

QUINE, W.V., «Dos dogmas del empirismo», en *Desde un punto de vista lógico*, Barcelona, Ariel, 1962.